

*Millares de ladrones van á presidio, dice Constantini, que tuvieron los primeros incentivos á robar por las pérdidas experimentadas en el juego.*¹ Los más salteadores y bandoleros que han cerrado sus días con el último suplicio, no han tenido otro principio. Los vapores crasos que en el calor del juego se levantan para ofuscar la razón, los han precipitado á gruesas pérdidas, en seguida á los robos de los despoblados y caminos, y de allí á los patíbulos y las horcas. No tengo dificultad en afirmarlo, cuando puedo alegar un ejemplar tan reciente, que nadie puede ignorarlo. Aun está humeando la sangre de aquel infeliz Fermín Laviano, cuya vida comenzada por un nacimiento ilustre, la vimos terminar en un cadalso, porque las redes del juego lo implicaron en las de los robos y salteamientos. Igual ha sido la suerte de otros muchos.

¹ Cartas críticas, tom. 3 en la del juego.

REFLEXION VI.

El juego daña á los particulares en todos sus bienes y primeramente en el dinero.

Como en un corazón corrompido, cual he pintado el de un tahur de profesión, poca ó ninguna impresión harán los sentimientos de ciudadano y los perjuicios de la República, es menester para despertarlos del letargo con que los tiene adormecidos su pasión, usar de más fuertes sacudimientos, poniéndoles delante los daños que á ellos mismos les origina. Todos sus bienes padecen lesión: los exteriores ó de fortuna, los del cuerpo y los del alma. Y comenzando por los primeros, el que luego se ofrece y debe tratarse antes que los demás, es el dinero. Combatirlos por esta parte es atacarlos en sus mismas trin-

cheras, y dirigir la saeta derecha-
mente al corazón de su pasión, que es
la codicia, causa principal de perse-
verar en el juego, y la más fuerte ré-
mora que los detiene para separarse.
Pero no es más que una vana ilusión,
que pretendo desvanecer, persua-
diéndolos á que lejos de adquirirse
algún dinero en semejante ejercicio,
se pierde indefectiblemente.

Confieso desde luego que en un
congreso de jugadores, alguno ha de
ganar forzosamente; de otra manera,
ninguno perdería. Convengo también
en que volteando incesantemente la
rueda de la fortuna, balancea de unos
á otros, alternando las ganancias con
las pérdidas, y que por consiguiente
nadie sabe si le tocarán éstas ó aque-
llas: Pero niego que de aquí se pue-
dan fundar esperanzas de adquirir.
Esto sería buscar apoyo en un prin-
cipio, que nada tiene de fijo sino la
insubsistencia, y en que no hay co-
sa cierta fuera de la incertidumbre
misma. Por lo propio que el perder
y ganar se suceden sin guardar ley,

ni regla alguna, ¿qué razón tengo yo
para aguardar la ganancia? Y acaso
que la logre, ¿qué seguridad de no
perder en el momento siguiente, no
sólo lo adquirido, sino también lo mío?
Aun siendo igualmente contingente
la ganancia y la pérdida, debería yo
temer ésta: ¿cuanto más siendo, como
es, más regular perder que ganar?

Homero¹ pinta á Júpiter con dos
toneles á los lados, lleno el uno de
los bienes y el otro de los males, los
que mezclados entre sí derrama so-
bre los hombres. Yo creo sería ma-
yor el segundo que el primero: por-
que vemos son muchos menos los afor-
tunados que los infelices en cualquiera
clase de bienes por donde extenda-
mos la vista. ¿Qué comparación tiene
el corto número de los ricos con el cre-
cidísimo de los pobres; el de los no-
bles con el de los plebeyos; el de los
sabios con el de los ignorantes; el de
los colocados en puestos honrosos,
con el de los desatendidos; y el de

¹ En el lib. último de la Iliada.

las mujeres hermosas, con el de las feas y disformes? Este orden que invariablemente observamos en todas las cosas, en ninguna resplandece más, que en el juego, como en donde reina únicamente la suerte, teniendo mucha parte en los demás la industria, el valor, la aplicación y el trabajo.

Todos saben (con poca reflexión que hayan hecho sobre el particular) que al levantarse de la mesa de la diversión, son más los perdidos que los ganadores. El juego que tanto se usa entre nosotros, consiste en una pura adivinación; y el hombre está más propenso á errar, que á acertar. Cada uno de los tahures se halla rodeado de enemigos, que se valen de todos medios, sin perdonar, quizá, ni aún los ilícitos, para hacer que pierda. La codicia insaciable que reina en todos, los precipita, según Ambrosio ¹, y es causa de que casi siempre sea más lo perdido que lo gana-

¹ Citado por Lafitan en el Serm. del juego, tom. 3.

do. Finalmente todo conspira á la pérdida: la suerte, la propensión del hombre, sus compañeros y hasta el mismo deseo y ansia que tienen de ganar: por eso son tan pocos los que lo logran con respecto al número de los perdidos.

Sentada esta máxima como inconcusa, ¿no es una locura la esperanza de adquirir en el juego, y una crásima imprudencia exponer el dinero en él? ¿Quién se entra en una selva, en que son más las espinas que las flores, ó se aventura por una senda llena toda de precipicios? ¿Quién se atreve á subir á una montaña de donde se despeñan los más, aunque divisen á algunos que han arribado hasta la cumbre? ¿Quién no teme viajar por un camino, en donde hay noticia han robado á muchos; aunque sepa lo han pasado algunos sin caer en manos de los salteadores? Pero ¿qué comparo los riesgos frecuentes con los éxitos felices que se logran raramente, si se aterra el hombre del peligro, aun en las empresas que casi

siempre prueban bien! ¿Cuántos no rehusan aplicarse aquellas medicinas que han sanado á innumerables, sólo porque en uno ú otro individuo se han desacreditado alguna vez? Pues ¿por qué en el juego se ha de exponer el dinero, siendo más regular la pérdida, que la ganancia?

Aun aquellos pocos reputados por dichosos entre los tahures, porque han ganado muchas veces, deben temer como los demás á la desgracia. En materias que dependen de la suerte, de lo pasado no se puede inferir lo venidero, porque la buena ó mala fortuna, como expresó elegantemente Feijóo¹, no es una cualidad inherente al sujeto que forzosamente hará mañana el mismo efecto que ayer y hoy.

Pero quiero concederles á éstos, y aún todos, que no sólo ganen las más veces, sino casi siempre: con todo en alguna han de perder, y esto basta para que á juego largo se dis-

¹ Tom. 1, Cart. 37.

minuya su caudal, porque una sola pérdida extravía más, que lo que se avanza en muchas ganancias. No hay quien ignore que todo tahir es parco cuando le dice bien la suerte, y precipitado si le sopla adversa. La causa que influye efectos tan contrarios es, que está fresco al ganar, pues no hay motivo para que se altere entonces; pero al perder, indispensablemente se acalora, se le exalta la bilis y se ciega, queriendo vencer la fortuna y contrarrestar el azar á fuerza de dinero. Coopera no poco al mismo fin el comercio de los jugadores de habilitarse y prestarse mutuamente; pues en virtud de él, si estás ganando, todos te piden, con lo que te disminuyen las fuerzas para apostar recio y lograr la buena suerte; y si estás perdiendo, te franquean poco á poco una suma crecida de dinero, en que al fin te hallas adeudado, y que tal vez no te hubieras atrevido á perder, si la hubieras visto junta.

Debe añadirse, que la pérdida es cabal; pues nadie ayuda con cantidad

alguna al desdichado que la sufre; pero la ganancia no es entera, pues se va mucha parte en dádivas y baratos, y no poca se pierde en los préstamos que entonces se hacen. Aún más: todos, como es constante, se quedan sin el dinero que pierden (que á nadie deja de hacer falta), y ninguno aprovecha todo lo que gana, pues como adquirido sin trabajo, lo disipa fácilmente. Es condición del corazón humano, no cuidar lo que no ha costado el sudor del rostro: razón por qué en todas las naciones suelen los hijos consumir en breve los más gruesos caudales, que les dejaron sus padres y acopiaron á costa de muchos años y fatigas: ¿cuánto más obrará este principio en el juego, en que el ganador adquiere el dinero en un momento y sin trabajo suyo, ni de sus mayores?

Parece no hay otra cosa que decir para desengañar á los tahures, que el estar más expuestos á perder, que á ganar, y que pocos instantes de pérdida dañan más que horas, y aún

días enteros de ganancia. Pero para no dejarles ni el refugio (á que sólo puede acogerse cada uno), de que tal vez estará reservada para sí la rara fortuna de adquirir en el juego, me avanzo á decir que ninguno gana en él.

Esta paradoja, opuesta al parecer á lo que queda asentado arriba, de que en cada congreso de jugadores alguno gana forzosamente, es un hecho verdadero, que no pugna con aquel principio. En cada junta ó sesión del juego, alguno gana; pero en la colección de todas, ninguno: porque el que gana en unas, forzosamente pierde en otras, y quitando éstas más, que lo que dan aquellas, resulta disminuído el caudal del jugador. De esta manera los tahures en sus ganancias no son sino unos conductos, por donde sin hacer mención circulan las monedas, ó bien las reciben en depósito, ó préstamo oneroso, para pagarlas después con usura. *El que más gana*, dice el V. Sr. Palafox, *nunca cobra lo que muchas ve-*

*ces pierde, porque por el continuo jugar, todo se queda en la casa donde juegan.*¹

Pues ¿qué se hace el dinero? Se disipa en gastos superfluos y perniciosos. Sólo en naipes se invierte una cantidad tan crecida, que asombra, y no se creería, si no constase en los estancos los muchos que se consumen.² Son aún más los costos de los tablajes ó casas de juego, con los de los oficiales, mozos, obsequios, velas y demás necesarios, agregándose los excesivos precios, que allí se dan por un vaso de agua, y hasta por el asiento, y lugar, verificándose aquí la extravagancia y exorbitancia de la cuenta de la venta en que cobraron á Wanton hasta la luz y el ruido.³ Estos son los gastos superfluos.⁴ Los

1 Manual de estados y profesiones, cap. 4, núm. 13, tom. 5.

2 En el de esta Intendencia de la Puebla, se ganan de 110 á 120 ps. el año que menos, arribando en algunos á 140, y en otros á 160.

3 Tom. 3, cap. 12 del País de las Monas.

4 Para conocer lo excesivo de éstos, en todo el Reino, y proporcionalmente en cada población, basta la reflexión siguiente:

Si sólo cada mes se jugara, no lo hiciera

perniciosos consisten en lo que se invierte en vicios, y en mantener á los que no tienen otra profesión, y que á carecer de este fomento, por necesidad tomarían alguna ocupación en que se harían útiles á la sociedad.

Bien que ni aun éstos deben reputarse ganadores por eso; pues sólo comen y visten, sin hacer jamás caudal, ni disfrutar ellos ó sus familias, de una comodidad regular de vida, viéndose tan presto abundantes, como escasos, tan presto con esplendor, como sin él: verdaderos cometas del hemisferio político en que tan presto lucen, como desaparecen, y que para calificarse de tales, sobre ser funes-

sino la vigésima parte de los individuos del Reino, y el que más perdiera 4 pesos, habiendo muchísimos que únicamente perdieran 2, otros 1, y otros 4 ó 2 reales, se creería que la pérdida sería una friolera. Pues es el caso de la Lotería pública, en que se colectan en cada sorteo 600 pesos y al año 840. ¿Cuánto más será lo del juego, que es diario, se pierden cantidades incomparablemente mayores, y á mi juicio son más sus profesores que los que entran en la Lotería, la que es útil, porque hace felices á muchos, sin destruir á ninguno?

tos á la República, y de la clase de los caudatos por sus reatos, no les falta ni la alusión del nombre, si se atiende al único fruto que sacan de su ejercicio. Ellos, y cuantos continúan en semejante profesión, al fin del juego en que se sueñan enriquecer, se encontrarán con las manos vacías.¹

¹ Dormierunt son num suum, et nihil inveniunt omnes viri divitearum in manibus suis. Psalm. 75, núm. 6.

REFLEXION VII.

El juego daña en las alhajas y muebles.¹

El juego es una especie de fuego, que aunque sólo se ceba en el oro y plata, devora todo lo demás, para convertirlo en el pábulo que lo alimenta. A la disipación de las monedas sigue la de las alhajas y muebles. En este caso el tahur, aun antes de jugar, comienza á perder. Malbarata primero sus cosas para reducir las á dinero, y luego sacrifica éste al ídolo de su pasión. ¿Quién creería, si no lo viésemos por nuestros mismos ojos, que nada hay reservado para el tahur, cuando llega á faltarle dinero con que continuar su profesión? No perdona á las alhajas de su mayor estimación, ni á los muebles precisos de su casa y su servicio: se deshace de los ins-

trumentos y cosas necesarias de su arte ú ocupación, y hasta de los vestidos suyos y de su familia. La frase hiperbólica de vender hasta la camisa, que usamos, cuando queremos levantar al último punto la exageración, tiene en él un sentido propio, real y efectivo. San Antonio de Florencia hace una graciosa comparación entre los jugadores y San Martín, cuando dió la mitad de su capa de limosna. *Al precepto, dice, de la rigurosa suerte de un dado, se deja no solamente la capa sino también la camisa.*¹

¡Que lo que el hombre no vende aún por su justo precio para pagar sus deudas y mandas, cumplir sus plazos y palabras, sobre todo, remediar las mayores necesidades y urgencias de la vida, haya de malbaratarlo por el juego! ¡Que no teniendo el dinero otro fin, ni apeteciéndose, sino para adquirir con él los menesteres de nuestro uso; hayan de invertir este orden los jugadores, dirigen-

¹ Part. 2, tít. 1, cap. 23, § 6.

do los menesteres á la adquisición del dinero! Yo me los comparo á los mineros que se pierden en su ejercicio: porque si éstos se despojan de cuanto tienen en pos de la plata, aquellos todo lo consumen por el mismo fin, siendo en unos y otros iguales los medios y los éxitos, invertir mucho para adquirir poco.

Es sabido que el tahir en el trance, para la mayor consternación y angustia, de no tener monedas que ir á sepultar á los tablajes, se afana, insta, ruega y suplica porque le compren sus cosas en menos de la mitad del ínfimo precio, y en casi nada; como el que vendió su primogenitura en un plato de lentejas. Cualquiera cantidad le parece bastante, porque se promete con ella ganar mucho, lo que después de restauradas sus alhajas lo deje con fondo. Pero ¡ah! que el efecto no llena sus esperanzas, y se queda vacío de uno y otro.

Lo más raro y digno de notarse es que no sólo el que pierde, sino también el que gana, resiente quebranto

en sus muebles y alhajas: aquel vendiendo, éste comprando: aquel porque malbarata sus cosas y éste porque las adquiere á peso de oro. Nunca falta cierta clase de mercachifles, cuyas tiendas son los garitos, sus mostradores, las mesas de juego, y sus ganancias, las más exorbitantes; bajo el título de que reciben poco á poco (aunque en breves horas) la importancia de sus mercaderías: pretexto que no justifica á los otros usureros, aun siendo mayor la dilación de su cobranza y mucho menos su lucro. Meten por los ojos sus efectos, los vuelven de arriba abajo, y del uno y otro lado para mostrarlos á los circunstantes, ponderan su bondad y calidades, y pronuncian en su elogio tales arengas, acompañadas de visajes y ademanes tan patéticos, que hablan más con el cuerpo y el gesto, que con la lengua y los labios, y son capaces de embaucar al más diestro: ¿cuánto más al que enajenado con el juego no les presta toda su atención, y por lo mismo se alucina fácilmente?

Sea por esta razón, ó bien porque, aun conociendo el jugador el excesivo coste á que le venden una alhaja, se le figura asegura en ella la ganancia del juego, como si no hubiera de malbaratarla después en el tiempo de la pérdida; ó ya finalmente, porque entonces ve el dinero á poco más ó menos, como adquirido sin trabajo, él, por último, la compra á duplicado precio de su valor. Aun fuera del juego, con tal que sea de lo ganado, no rehusa dar diez por lo que, en otras circunstancias, no daría cinco.

REFLEXION VIII.

El juego embaraza los ascensos y proporciones de buscar y pasar la vida.

Es cosa muy natural al hombre el apetito de ser. Seréis como dioses, dijo la Serpiente á nuestros primeros Padres, y bastó esta exhortación para que quebrantaran el precepto, así como atropellan innumerables los ambiciosos por obtener los empleos á que aspiran. Con todo este deseo tienen ciertos límites y linderos por donde explayarse, sin vulnerar la Religión y la Justicia. Entrar en los puestos por la puerta del mérito y subir á las dignidades por las gradas de los servicios, es un camino honroso de ser; pero que se cierra enteramente por el juego. No hay carrera en que no embarace los ascensos.

En las eclesiásticas es constante que no pueden ser promovidos los jugadores,¹ porque así lo dicta en ellas y las demás la razón natural. En cualquiera se ofrecen insuperables dificultades y escollos inevitables para un tahir. Si se ocupa en los tribunales, se presenta luego la desconfianza de que abandone todos sus deberes por entregarse al juego: Si se le encarga el gobierno de otros, ocurre el temor de que los corrompa é inficione, abusando de la superioridad: Si se le confiá el manejo de los caudales públicos, hay certidumbre moral de que los gaste y disipe: Si se coloca en un matrimonio ventajoso, su inclinación al juego prepara la ruina de la infeliz joven con quien se enlaza, y la destrucción de una, ó muchas familias: Su profesión, en fin, lo inutiliza todo.

Sus contrincantes la publican, sus protectores desmayan, nadie se atreve á hablar por él, no se encuentra

¹ Bobadilla, lib. 2, cap. 13, núm. 18 de su Política.

quien salga por garante de su conducta, sus servicios se desatienden, los superiores lo abandonan, se le prefieren los que él juzgaba inferiores así, se le niegan aún los grados y ascensos á que por otra parte se había hecho acreedor, y se repele muchas veces de la plaza que obtiene. ¡Qué de ejemplares que han pasado por nuestros mismos ojos, podría yo citar, si la caridad no pusiese un candado á mis labios, ni descoyuntase mi brazo cuando se trata de tirar á ventana señalada! Muchos recordará luego á cada uno su fantasía, la que me sirve de relación.

Lo que no debo omitir es, que á más de inhabilitar el juego para los puestos y empleos, frustra los demás conductos de pasar la vida. En la labor, en el comercio, en cualquiera giro se necesita quien habilite, quien fie, quien dé la mano; y no hay quien haga estos oficios por un tahur. Todos desconfían justamente de su conducta y no se resuelven ni á tratar con él. Los mismos jugadores no po-

nen sus intereses en manos de otro jugador, porque saben por experiencia propia, lo que por discurso y reflexión conoció la célebre poetisa francesa Antonieta de la Guardia: *Que no es tan fácil, como se piensa, ser hombre de bien y jugar grueso.*¹

Aun es más negra la nota, con que Alfonso el Sabio les da en cara á los jugadores, y por la que se justifica la desconfianza que de ellos tiene todo el mundo. Sus palabras deben transcribirse á la letra, y son dignas de imprimirse en la memoria de los hombres. *Ca todo ome, dice, debe asmar, que los tahures, y los bellacos, usando de la tahureria, por fuerza conviene que sean ladrones, é omes de mala vida.*²
¡Qué honrosa definición!

¹ En Feijóo, tom. 2, Cart. 7, núm. 5.

² Ley 6, tít. 14, part. 7.